

**González y Sánchez, Manuel**

**Discurso leído en apertura solemne de los  
Estudios de la Asociación de Católicos en Sevilla,  
celebrada el 19 de noviembre de este año ... / por  
Manuel Gonzalez y Sanchez.**

Sevilla : Imprenta de El Oriente, 1871.

Vol. encuadernado con 27 obras

Signatura: FEV-AV-M-01448 (11)

La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

*Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de lucro siempre y cuando se cite la fuente*



# DISCURSO

LEIDO EN LA ABERTURA SOLEMNE

DE 1887

ESTUDIOS DE LA ASOCIACION DE CATOLICOS EN SEVILLA

CELEBRADA EL 18 DE NOVIEMBRE DE ESTE AÑO

EN LA PRESENCIA

DEL EMBO. Y RMO. SR. CARDENAL ARZOBISPO

DE ESTA DIOCESIS.

## NECESIDAD, EFICACIA Y UTILIDAD

DEL INFLUJO DE LA IGLESIA CATÓLICA EN LA ADQUISICION Y ENSEÑANZA  
DE LAS CIENCIAS.

PRESENTADO A LA COMISION ORGANIZADA POR EL SR. ARZOBISPO

DEL SEVILLANO CATHOLICO.

SEVILLA 1887

IMPRESION EN EL "CATHOLICO"



# DISCURSO

LEIDO EN LA APERTURA SOLEMNE

DE LOS

**ESTUDIOS DE LA ASOCIACION DE CATÓLICOS EN SEVILLA,**

CELEBRADA EL 19 DE NOVIEMBRE DE ESTE AÑO,

BAJO LA PRESIDENCIA

**DEL EMMO. Y RMO. SR. CARDENAL ARZOBISPO**

**DE ESTA DIÓCESIS,**

**POR EL SR. RECTOR DE LOS ESTUDIOS**

**DR. D. MANUEL GONZALEZ Y SANCHEZ,**

**PRESBITERO, CANÓNIGO PENTENCIARIO DE ESTA STA. IGLESIA Y RECTOR**

**DEL SEMINARIO CONCILIAR.**



SEVILLA. 1871.

IMPRENTA DE EL ORIENTE.

# DISCURSO

LEIDO EN LA APERTURA SOLLEMNE

DE LOS

ESTUDIOS DE LA ASOCIACION DE CATEGICOS EN SEVILLA.

CELEBRADA EL 19 DE NOVIEMBRE DE ESTE AÑO.

BAJO LA PRESIDENCIA

DEL EMMO. Y RMO. SR. CARDENAL ARZOBISPO

DE ESTA DIOCESIS,

POR EL SR. RECTOR DE LOS ESTUDIOS

DR. D. MANUEL GONZALEZ Y SANCHEZ.

PRESIDENTE, CANONIGO FUSTIGIANO DE ESTA STA. IGLESIA Y RECTOR

DE LOS ESTUDIOS GONZALEZ Y SANCHEZ.

### EMINENTÍSIMO Y REVERENDÍSIMO SEÑOR:

En este momento solemne, en que venimos á inaugurar los Estudios de la Asociación de Católicos, subo á esta cátedra con la desconfianza del que conoce la debilidad de sus fuerzas, y el temor que me inspira la magnitud de la obra que me ha sido encomendada. Pues aunque es grande honor para mí dirigir la palabra á un auditorio tan escogido é ilustrado, es por demás angustioso para mi espíritu no poder presentar un discurso que, por la profundidad de los pensamientos y por la belleza de las formas, fuese digno de su ilustracion y conocida sabiduría.

Bien quisiera, Señores, que voz mas elocuente y autorizada que la mia resonára hoy en este lugar; pero me habeis elegido, y yo, respetando vuestra elección, me presento á vosotros, y me atrevo á hablar desde este sitio, empezando por demandar vuestra indulgencia, y rogándoos fijéis únicamente vuestra atención en el objeto grandioso que hemos venido á solemnizar.

Hoy se abren á la juventud estudiosa unas aulas, cuya enseñanza, apoyada en la robusta base de la Doctrina Católica, participará de su firmeza, de su espíritu y de su fecundidad prodigiosa: y este hecho, que en otros tiempos hubiera sido natural y ordinario, es hoy un acontecimiento grande y sublime, de trascendentales y utilísimas consecuencias para el porvenir, y que hace brillar á nuestra vista un hermoso rayo de consoladora esperanza, que reanima, y da vigor y fortaleza al espíritu contristado.

En efecto: el estado actual de la sociedad humana ofrece al hombre reflexivo un vasto campo de profundas meditaciones. En ella luchan hoy con extraordinario ardimiento los dos principios que desde muy antiguo vienen sosteniendo récios y perpétuos combates. La verdad y el error, la humildad de la fe y el orgullo de la razon humana. Ambos aspiran á la gloria del triunfo, sus campos se han deslindado, sus huestes se hallan frente á frente; y ya no es lícito permanecer en una criminal neutralidad: es necesario alistarse bajo una de las dos banderas, para cuando llegue el momento de la batalla decisiva, que el mundo aguarda con inquietud y sobresalto. ¿De quién será la victoria?

¡Oh! es indudable que la verdad se levantará al fin radiante y hermosa sobre las ruinas del error; pero hoy, Señores, necesario es confesarlo, el error marcha en carro de triunfo: la Iglesia Católica, depositaria de la verdad, se halla abatida, parece que ha perdido su influencia, sufre en todas partes una persecucion horrible: ya no hay poderes católicos que la protejan; el torrente del mal y de las doctrinas perniciosas avanza cada día mas, como las embravecidas olas del primer diluvio; y de aquí el malestar que experimenta la sociedad, las convulsiones que la agitan, la enfermedad que la atormenta. Conmovidá en sus cimientos, envuelta en un torbellino de ideas perturbadoras, y rotos los vínculos que le daban unidad y firmeza, se presenta á nuestra vista como edificio ruinoso que está á punto de desplomarse. ¿Y no calificaréis de pensamiento grande el de mostrarle la senda que debe seguir para salvarse, y de accion noble y generosa la de ofrecerle el remedio que cure de raiz todos sus males? Pues esto y no otra cosa es lo que hace la Asociación de Católicos al establecer sus estudios.

La enseñanza de funestas doctrinas, propagadas por todos los medios de que ha podido disponer la ciencia anti-católica, ha trastornado las ideas, oscureciendo y aun haciendo desaparecer para muchos las nociones esactas de lo verdadero y de lo falso, de lo justo y de lo injusto; y esas ideas, convertidas despues en hechos, han producido en el órden científico las dudas y las negaciones; en el moral el vicio y la corrupcion; en el social la rebelion y las perturbaciones, y en el material los incendios y las ruinas.

Si, pues, se ha de poner un dique á este torrente devastador que amenaza arrastrarnos en sus impetuosas corrientes, necesario es oponer á la en-



señanza del orgullo la enseñanza de la humildad; á la ciencia que se funda en los extravíos de la razon, la ciencia que se apoya en los principios inmutables é infalibles de la fe.

A conseguir este fin se dirigen los estudios que inauguramos hoy, con la esperanza de que la accion que han de ejercer sobre la sociedad, producirá en el porvenir copiosos frutos. El principio católico, que les sirve de base, nos asegura un éxito feliz, lo que me propongo demostrar, discurriendo unos momentos acerca de la necesidad, la eficacia y la utilidad del influjo de la Iglesia Católica en la adquisicion y enseñanza de las ciencias. Dispensadme, Señores, entretanto la benevolencia que acostumbrais.

## I.

Al hablar de la necesidad del influjo de la Iglesia Católica en la adquisicion y enseñanza de las ciencias, no pretendo, Señores, negar á la razon humana su aptitud para llegar por si sola al conocimiento de la verdad. Ella es ciertamente una luz que Dios ha concedido al hombre para que con su auxilio alcance lo verdadero y lo distinga de lo falso. Es una facultad, ó, si se quiere, una coleccion de facultades, por las que el alma conoce la verdad, y juzga de ella, en cuanto se encierra dentro de los limites de la naturaleza. La verdad, pues, es el objeto de la razon humana; y el constante afan con que el hombre la busca, el ardiente deseo que siente de poseerla, y la ansiedad y el temor que le causa el peligro de abrazar lo falso por lo verdadero, revelan de una manera indudable que la mente humana tiene natural proporcion con la verdad, que es su objeto, y está naturalmente dispuesta para alcanzarla y gozarse en su posesion. Decir lo contrario seria injurioso al Creador Supremo, porque equivaldría á asegurar que había impreso en el hombre una facultad que jamás había de conseguir su objeto, convirtiéndolo de este modo en un Tántalo sediento, que nunca había de poder acercar á sus labios el agua que apagase la sed ardiente de la verdad que le abrasa.

Hay que confesar, sin embargo, que por grande que se suponga la energia de la razon para llegar al conocimiento de lo verdadero, existen verdades

altísimas y sublimes, á las cuales nunca podrá elevarse por mucho que levante su vuelo. Hay un orden sobrenatural que encierra misterios ocultos, profundísimos arcanos, cuya existencia no puede vislumbrar siquiera la razon sin el auxilio de una fuerza mayor, que la eleve, sin el apoyo de la revelacion divina, que abra á sus ojos la vasta region donde se hallan, y le haga conocer su purísima luz y su arrebatadora hermosura. Fuera de este orden, que es muy superior á la razon humana, ésta puede ejercitar su actividad en el orden natural, que es el que le corresponde, y en este puede llegar indudablemente en algunos casos á conseguir por sus propias fuerzas la verdad con firme y completa certeza. Puede juzgar de las verdades que alcanza, deducir de ellas legítimas consecuencias, enlazarlas convenientemente entre sí, formar un sistema científico, y decir al fin que posee con seguridad la ciencia.

No ha enseñado otra cosa la doctrina católica; pues, aunque reconoce que el hombre quedó deteriorado en cuanto al cuerpo y en cuanto al alma despues de la primera culpa, nunca le negó las propiedades esenciales de su naturaleza, ni enseñó, como los pretendidos reformadores del siglo XVI, que hubiera sido privado de la luz natural de la razon con que pudiese descubrir las verdades del orden natural por su propia virtud, y distinguir lo verdadero de lo falso. No se estinguió en el hombre la razon por la culpa de nuestros primeros padres; quedó, sí, oscurecida y debilitada, pero con fuerzas suficientes todavía para llegar por sí sola á colocarse alguna vez en posesion de la verdad.

¡Pero cuántos obstáculos encuentra la razon humana en su marcha, cuando se dirige á la investigacion de la verdad! ¡Cuántas veces, despues de largas y profundas meditaciones, y cuando gozosa cree haber entrado en su posesion, se encuentra envuelta en las oscuras sombras del error! ¡Cuántos de estos no produce la mala aplicacion del criterio de nuestros sentidos! ¡Cuántos no brotan á cada paso de nuestra voluntad corrompida! ¡Con cuánta frecuencia no nos hacen caer en ellos las pasiones desordenadas, ofuscando la inteligencia! Y la misma imperfeccion de nuestra mente que, como observa Santo Tomás, es pura potencia en el orden inteligible, ¿no es un principio fecundo de error y de ignorancia?

De aquí, Señores, la necesidad que siente el hombre de un magisterio, que

lo guíe en la adquisición de la verdad, é impida que se precipite en los abismos que le rodean, y se pierda entre los escollos que se le presentan. Magisterio que encuentra el niño en el regazo de su madre, de cuyos labios recibe la educación primera; que busca el jóven en los maestros que elige, para que dirijan sus pasos en la adquisición de la ciencia, y que reconocen todos en aquellas inteligencias privilegiadas, que brillaron en cada uno de los siglos, y que, elevándose por su superior talento, por su fortuna y por su trabajo sobre todos sus contemporáneos, fueron acatados como oráculos, en torno de los cuales se colocaron los demás, para escuchar de sus labios las lecciones de profunda sabiduría, que los pusiesen en posesion de la verdad.

Pero ¿bastaba, Señores, este magisterio? ¿Bastaba que el hombre fuese enseñado por el hombre? No, no era bastante. Podia con ese auxilio librarse de muchos errores; pero nunca evitarlos del todo: y, lo que es mas, pudo siempre dudar de la veracidad de sus maestros, porque su magisterio no era infalible, y la infalibilidad es la ley suprema de las inteligencias.

Y ¿cómo no habia de dudar si hasta los talentos privilegiados, que fueron tenidos por maestros del género humano, con las verdades particulares que enseñaban mezclaron tambien los mas groseros errores sobre los puntos mas importantes?

Y en efecto ¿qué hizo la razon por sí sola? ¿qué hizo la ciencia abandonada á sí misma para la investigacion de la verdad en los siglos del Paganismo? ¿Qué enseñó acerca de Dios, del hombre y del Bien Supremo, verdades importantísimas, que constituyen la base del orden intelectual y moral?

No nos detengamos á referir detalladamente los errores en que sobre estos puntos cayó la filosofia pagana. Apartemos la vista del repugnante cuadro que presenta; y baste recordar el hecho de haber errado tan groseramente como nos demuestra la historia, para conocer la facilidad con que la razon humana, á pesar de que puede llegar á conocer la verdad, se precipita muchas veces en los mas lamentables extravíos. Baste asimismo para demostrar que no era suficiente, para librar al hombre del error, el magisterio de otro hombre. Sí; despues de muchos siglos de estudios, de investigaciones, de viajes, de conferencias, de disputas interminables, la razon humana, abandonada á sí misma, no resolvió cuestion alguna, no estableció

ninguna verdad sólida; por el contrario, patrocinó todos los errores y todos los vicios, y, envuelta en el torbellino de sus propios desvarios, cayó rendida, obligando á decir á uno de sus mas celebrados filósofos: «en medio de tanta oscuridad como envuelve á la naturaleza, en medio de tantas opiniones »contrarias de los hombres mas grandes que disputan de todo y no pueden »entenderse, me veó obligado á asentir al principio de que el hombre no »puede comprender cosa alguna, ni estar cierto de nada.» (1) ¡Triste confesion de la razon humana! Despues de haber dudado de todo, despues de haberlo negado todo, Dios, el alma, el espiritu, el Bien Supremo, concluye por negar la ciencia, concluye por negarse á sí misma. ¡Y esto, Señores, en los que se jactaban de ser los maestros del género humano!

¿Estrañaréis ahora que yo, reconociendo la insuficiencia de su magisterio, fundado en la debilidad de la razon humana, diga que se necesita para la recta adquisicion y enseñanza de las ciencias de un magisterio divino, cual es el magisterio de la Iglesia? Bien sé que no lo estrañais, pues hasta la misma filosofia pagana reconoció esta necesidad, cuando, en medio de la confusion de ideas, de opiniones, de sistemas y de escuelas en que se hallaba dividida, dijo, por boca de Platon, «que era necesario que un maestro bajase del cielo para instruir á la humanidad.»

Y descendió, Señores, este Maestro, y su palabra resonó en todo el universo. Era el Hijo de Dios, que vino al mundo para iluminarle. ¿Y sabeis cómo empieza su enseñanza? ¡Oh! Él mira á la humanidad envuelta en las tinieblas de los errores, la encuentra sufriendo la indigencia de la verdad, y, lleno de amor, le dice sin temor de ser desmentido: *Ego sum veritas.* (2) Yo soy la verdad. Sí; la verdad eterna, la verdad infinita, la verdad infalible, la verdad absoluta, de la que proceden y á la que deben dirigirse todas las verdades que pueden enriquecer á la inteligencia humana. Propone despues unos misterios sublimes, que la razon jamás hubiera podido alcanzar, y, abriendo de este modo á su vista regiones desconocidas, inaccesibles á su poder, la ilumina con los purisimos rayos de luz que despiden, dilatando prodigiosamente los limites de sus conocimientos. Toma el espiritu humano en el triste estado en que lo encuentra; disipa las sombras que le circundan, y,

---

(1) Cic. Academ. II.

(2) Joan. XIV, 6.

rectificando sus ideas, le da el verdadero conocimiento de Dios, de sus atributos y perfecciones infinitas; le enseña que el hombre tiene un alma espiritual é inmortal; que la tierra es para él un lugar de peregrinacion, y que su verdadera patria está en el cielo: que Dios es su principio y su fin, que solo Él es su Bien Supremo, y que su destino consiste en gozar de Dios y en poseerle para siempre. Ved aquí, Señores, un maestro que tiene derecho á exigir la sumision de la razon humana, porque su magisterio es infalible.

Y no deja su enseñanza á merced de los caprichos y constantes variaciones del espíritu humano: quiere que se conserve incólume hasta la consumacion de los siglos, y la deposita para ello en el seno de su Iglesia, institucion divina á quien comunica su misma infalibilidad, le da su mismo magisterio, y, poniendo en sus manos la antorcha esplendorosa de la fe, la deja sobre la tierra, para que sea el faro luminoso que guíe á la inteligencia, salvándola de los peligros del error, y la maestra infalible que enseñe la verdad á todos los pueblos, y la trasmita sin alteracion á todas las generaciones.

Y la Iglesia ha cumplido su mision; ha predicado en todos tiempos la doctrina de Jesucristo, y con su enseñanza ha presentado siempre resueltas las grandes cuestiones, que jamás pudo resolver la filosofia pagana, ofreciendo de este modo un centro fijo é inmutable, alrededor del cual, como punto seguro y fijo, pueda girar el entendimiento humano. ¡Qué grande ha de ser necesariamente su influjo en la adquisicion y desarrollo de la ciencia! La infalibilidad de su magisterio nos asegura de la verdad de su enseñanza, y la inmutabilidad de su doctrina nos ofrece una regla segura para conocer dónde está la verdad y dónde el peligro de extravío.

De aquí, Señores, un fenómeno prodigioso que se observa al contemplar la existencia de la Iglesia, y sobre el cual quiero que fijeis vuestra atencion. Ha sido muy frecuente que una doctrina, mas ó menos razonable, se haya profesado algun tiempo por cierto número de hombres ilustrados y sábios. Esto se ha visto en las sectas filosóficas antiguas y modernas. Pero que una doctrina se haya sostenido por espacio de muchos siglos, conservando adictos á ella á sabios de todos los tiempos y naciones, diferentes en costumbres, en intereses y aun en opiniones particu-

lares, este es un fenómeno que solo se encuentra en la Iglesia Católica. No obstante la volubilidad del espíritu humano, ha sido siempre dirigida por un principio fijo, ha permanecido firme á pesar de los esfuerzos de sus muchos adversarios, y no se ha ocultado en las tinieblas, ha buscado constantemente la luz, ha hecho pública su enseñanza, se ha presentado en todas partes y ha reunido en su seno los sabios mas eminentes, que han venido á buscar en su doctrina los principios inmutables, que pueden servir de guía segura á nuestra inteligencia. Sociedad que se ha extendido de Oriente á Occidente, de Septentrion á Mediodía, que ha llegado á todos los pueblos, y en todas partes ha destruido las sectas del error y ha obligado á los filósofos mas ilustres á agruparse en torno suyo, para escuchar su palabra y aprender sus lecciones de verdadera sabiduría. ¿No os admira, Señores, este fenómeno? ¿No encontrais en él algo de extraordinario y misterioso? Pues bien: es que en ella obra un poder divino que la sostiene al través de todas las vicisitudes; que ella es la única que goza de un magisterio infalible, y ella tambien la que solamente posee y ha conservado siempre los principios eternos del orden religioso, científico y social, y por lo mismo todos han tenido que acudir á ella, para recibir con su enseñanza los medios de salvar las sociedades, y obtener para las inteligencias el reposo y la firmeza de la verdad.

«Su derecho de enseñar á todas las gentes que le viene de su Fundador y maestro, dice un ilustre y distinguido escritor, no se funda solo en su origen divino, sino que está justificado tambien por aquel principio de la recta razon, segun el cual toca aprender al que ignora y enseñar al que mas sabe. De manera que si la Iglesia no hubiera recibido del Señor este soberano magisterio, todavia estaria autorizada para ejercerle por el hecho solo de ser la depositaria de los únicos principios, que tienen la secreta y maravillosa virtud de mantener todas las cosas en orden y concierto, y la de poner concierto y orden en todas las cosas.» (1)

---

(1) D. Juan Donoso Cortés: Carta al Emmo. Sr. Cardenal Fornari sobre el principio generador de los mas graves errores de nuestros dias.

Fácil es deducir de todo lo espuesto la necesidad del influjo de la Iglesia Católica en las ciencias. Ella sola es la que afirma y robustece sus principios; ella la que las guía con seguridad por los difíciles y peligrosos senderos que tienen que recorrer, para investigar la verdad, y la única, en fin, que puede preservarlas de los errores en que desgraciadamente se envuelven, cuando solo se apoyan en las débiles fuerzas de la inteligencia humana.

Ved, sinó, á la ciencia alejada del influjo de la religion: ved á esa filosofía que orgullosa se ha emancipado del magisterio infalible de la Iglesia Católica, y con las solas fuerzas de la razon ha pretendido elevarse hasta los cielos, penetrar en la Esencia Divina, y arrebatarle sus secretos. Ved<sup>a</sup> soberbia celebrar como un triunfo lo que llama independencia de la razon, y podría mejor llamarse cautiverio de la verdad. Y bien, ¿qué ha hecho con todos sus esfuerzos? ¿Cuál ha sido el término de todos sus estudios, de todas sus investigaciones? ¡Oh! bien lo sabeis. No ha hecho mas que reproducir en nuestros días los mismos absurdos y los mismos errores groseros, que degradaron á la razon humana en los días del antiguo paganismo. Registrad sus innumerables sistemas, entrad en sus escuelas, oid su enseñanza, y hallaréis proclamado el panteismo, que destruye la idea de Dios, á quien identifica con la universalidad de las criaturas; la veréis difundiendo el materialismo, que, negando en el hombre el elemento mas noble de su ser, el alma, lo confunde con los irracionales, y, arrebatándole hasta la esperanza de una vida mejor, y, asegurándole que ha nacido solo para gozar, lo entrega á merced del desórden de sus pasiones; descubriréis en su enseñanza muchas veces un cruel fatalismo que aniquila el órden moral, quitando el mérito y demérito á las acciones humanas, y observaréis, por último, que, llegando hasta el ateismo, niega públicamente la existencia de Dios, cuya gloria cantan los cielos, y cuya hermosura y perfecciones revelan hasta las criaturas insensibles, que existen en la naturaleza.

Tales son, Señores, los frutos de la ciencia, apartada de la verdad divina; tales los efectos de la filosofía, emancipada del magisterio infalible de la Iglesia Católica. ¿Y no hemos de buscar este magisterio? ¿No

hemos de someternos á su enseñanza, para que nos libre del error? ¿Y no hemos de proclamar muy alto la necesidad del influjo de la Iglesia en todos los ramos del saber humano, para que, apoyados en sus eternos principios, permanezcan en posesion de la verdad? Sí; digamos en todas partes: la influencia de la Iglesia Católica en la adquisicion y enseñanza de las ciencias es necesaria. ¿Será tambien eficaz? Vamos á examinarlo.

## II.

Hay entre todas las ciencias unas relaciones tan íntimas, unas tendencias tan análogas, un fin tan idéntico, que todas ellas vienen á formar un cuerpo perfectamente dispuesto, cuyos miembros, por decirlo así, son los diferentes ramos del saber sobre que suele ejercitarse nuestra razon. Y no es estraño, Señores; todas las ciencias buscan y se dirigen á la consecucion de la verdad; y como la verdad es una, de aquí que todas ellas deban guardar entre si una perfecta armonía, una completa unidad. Unidad en los principios, unidad en las consecuencias, unidad en las relaciones que ligan á todos los conocimientos humanos. Esta unidad tan necesaria para producir la armonía que debe reinar entre todas las ciencias, existe y se conserva en ella mientras marchan por el camino de la verdad, y se destruye cuando se estravian por las tortuosas sendas del error. La verdad es la única que puede darles la unidad que las vivifica: el error introduce en su seno una division profunda que las mata. Pero, ¿cómo se ha de producir y conservar esta unidad sin una fuerza, sin un poder que, como en el órden físico y moral, mantenga unidos los distintos elementos que constituyen su ser? Quitad las fuerzas de afinidad y cohesion que unen entre si las moléculas de los distintos seres materiales, y los veréis deshacerse en mil fragmentos, desapareciendo su unidad. Quitad la autoridad, que, por medio de la ley, conserva unidos y dirige á un mismo fin á todos los individuos que forman la sociedad humana, y veréis cómo ésta se destruye, víctima de la anarquía.



Pues quitad asimismo la autoridad que guíe á la razon humana por los senderos de la verdad y le impida precipitarse en el abismo del error, y veréis qué pronto pierden del mismo modo las ciencias su unidad y desaparece su armonía.

Sí, Señores, necesaria es hasta en el órden científico la existencia de una autoridad que dirija los pasos de la razon humana en la investigacion de la verdad, y, señalándole los peligros, impida que se envuelva en las tinieblas del error.

Estraño parecerá acaso que exijamos la autoridad en el terreno de la ciencia; pero, si bien se considera, nadie podrá negar que es de todo punto necesaria. Cuando pronunciábamos en nuestra infancia con balbuciente labio los nombres con que se designan los objetos que nos rodean, ¿qué otra cosa hacíamos sino deferir á la autoridad de nuestras madres, que, solícitas, nos enseñaban á hacer uso de la palabra, comunicándonos los principios de la prodigiosa economía del language? Los adelantos de las ciencias ¿no son debidos en gran parte á la sumision, prestada por la generalidad, á alguna inteligencia privilegiada, que descubrió una verdad, principio fecundo de otra multitud de verdades, y que solo pudo descubrir la mirada penetrante del genio? La historia de la filosofía ¿qué otra cosa nos presenta que una multitud de diferentes escuelas, fundadas por otros tantos sabios, á quienes se sometió la multitud, atraída por su palabra y sojuzgada por la autoridad que le dió su superior talento? Y aun los mismos filósofos, que blasonan de independientes, ya se llamen aristotélicos ó cartesianos, ya hegelianos ó krausistas, ¿no desmienten la independencía que proclaman con esos títulos de que se envaneecen, y con los que revelan su sumision al autor y jefe de la escuela en que se alistaron? Es indudable, Señores; sin la autoridad sería hasta imposible la ciencia. Lo que hay que averiguar es qué autoridad tiene mas eficacia para conservar á la razon humana en posesion de la verdad y preservarla de las oscuras sombras del error. Pues bien; yo no encuentro otra mas poderosa y eficaz que la autoridad de la Iglesia Católica.

Al confiarle Jesucristo la mision de enseñar á todas las gentes, manifestó al mundo la autoridad sublime con que la enviaba. Se me ha dado toda potestad, dijo á sus Apóstoles, en el cielo y en la tierra; id por tanto y

enseñad á todas las gentes: *Data est mihi omnis potestas in cœlo et in terra. Euntes ergo, docete omnes gentes.* (1) No les da solamente un magisterio infalible, sino tambien la autoridad necesaria para ejercer con fruto este divino magisterio. Autoridad divina ante la cual debe rendirse el orgullo y la soberbia del hombre.

Con estos titulos se presenta la Iglesia á la vista del mundo, velando constantemente por la conservacion de la verdad y la destruccion de los errores. Vedla sinó en todos los siglos, condenando las heregias que intentaban introducir el error en el alcázar sagrado de la Religion, y anatematizando los extravios de la razon humana, cuando, oponiéndose á los principios eternos, de que ella es depositaria, introducía los errores en el jardin ameno de las ciencias.

Yo me estendería mucho si hubiera de detenerme á examinar los servicios prestados á la humanidad, bajo este concepto, por la Iglesia Católica; pero no debo abusar de vuestra paciencia, y me limito á señalar una sola época, que nos servirá para patentizar estos servicios, y á la vez para deshacer de paso la innoble calumnia que se le dirige, cuando se dice que con su autoridad tiraniza á la inteligencia.

Me refiero, Señores, á los siglos XI y XII. Notable es el desarrollo intelectual que se observa en aquella época; pero ¿qué hubiera sido de las ciencias, si la Iglesia con su autoridad no hubiese puesto un dique á los errores, que pululaban por todas partes, inventados y propagados por los filósofos de aquel tiempo? Impulsados por el afan de saberlo todo, confundidos por la mezcla de erudicion y de ignorancia, recibida de los siglos anteriores, aficionados en extremo á las abstracciones de la metafisica y á las sutilezas de la dialéctica, y mal avenidos con la autoridad de la Iglesia, que se oponía á los extravios de su razon, aspiraban á emanciparse de ella, pretendiendo explicar los dogmas de la Religion, escudriñarlos y penetrar en su esencia por solas las fuerzas de su débil entendimiento. Entonces aparecieron los errores de Roscelin sobre el misterio augusto de la Trinidad; los de Abelardo que reprodujo los de los antiguos herejes Arrio, Nestorio y Pelagio: los de Gilberto que trastornaban la idea de la Divinidad, y los de

(1) Math. XXVIII, 18, 19.

Almarico y David de Dinant que la destruían del todo, confundiendo á Dios con la materia. Y esto, Señores, lo enseñaban aquellos presuntuosos filósofos, como conquistas de la razon, emancipada de la autoridad de la Iglesia. ¿Y creéis que hubiera sido provechoso para la Europa verse envuelta, cuando empezaba su movimiento intelectual, en los funestos absurdos del panteísmo? Pues bien; la Iglesia Católica fué la única que se opuso á aquellos errores con toda la fuerza de su autoridad, defendiendo á la Religion y salvando al mismo tiempo los verdaderos intereses de la ciencia. Ella enfrenó el orgullo de aquellos pretendidos sabios, y presentó á la vista del mundo hombres eminentes, que, enriquecidos con la ciencia que adquirieron bajo su autoridad, pulverizaron sus errores y demostraron con sus luminosos escritos, que solo bajo el influjo de la Iglesia Católica se llegó á alcanzar la verdadera sabiduría. Recordad los nombres ilustres de San Anselmo de Cantorberi, adversario de Roscelin, y de San Bernardo, impugnador de Abelardo; y en ellos descubriréis dos prodigios de ciencia, que, bajo la direccion de la Iglesia Católica, lograron elevarse á una altura muy superior á su siglo. Registrad sus obras y encontraréis en ellas un rico tesoro de variados conocimientos, que aun hoy mismo llenan de admiracion á los sabios, y para cuya adquisicion no les sirvió de obstáculo su profundo acatamiento y sumision á la autoridad de la Iglesia. Y ¿dejaré de citar en este momento á Santo Tomás de Aquino, aquel genio extraordinario del siglo XIII, que con su vasto y clarísimo entendimiento llenó al mundo de refulgente luz, é iluminó el caos en que se hallaban confundidas las ciencias?

«¡Qué hombre! esclama un profundo filósofo y distinguido orador de nuestros días. Es la espresion de la razon humana elevada á su mas alto grado de potencia. Mas arriba de los esfuerzos de su racionamiento está la vision de las cosas en el cielo. Aquí abajo la razon no puede subir mas alto ni ver mas claro. Puede decirse de Santo Tomás lo que San Agustin decia de San Gerónimo: «Que nadie ha sabido jamás lo que Tomás ignoró. *Nemo scivit quod Thomas ignoravit.*» Este hombre singular, este hombre, cuya vida no llegó á la mitad de un siglo, todo lo vió, todo lo conoció, todo lo esplicó. No hay error alguno que él no haya previsto, refutado y pulverizado de antemano. Su *Suma* es el libro mas sorprendente, mas

profundo y más maravilloso que salió jamás de las manos del hombre, porque la Sagrada Escritura salió de las manos de Dios. Santo Tomás ha explicado no solo el mundo teológico y el mundo filosófico, sino también el mundo natural. Su genio, reflejando sobre su siglo y sobre los siglos siguientes, difunde en ellos la luz, el orden científico y el verdadero progreso, y derrama sobre la ciencia y sobre la Religión un esplendor que jamás palidece.» (1)

Pues bien, Señores, este hombre tan eminente vivió, se educó y brilló en el mundo bajo el influjo del magisterio infalible y de la autoridad divina de la Iglesia. ¿Podrá ponerse en duda la eficacia de esa suprema autoridad y de ese infalible magisterio? ¿Podrá decirse aun que el Catolicismo apoca y esclaviza la inteligencia? Esto solo podrá decirlo el que por su odio contra la Iglesia afecte ignorar el uso legítimo que hace de su autoridad, ó por su ignorancia desconozca que la ejerce, dirigiéndola siempre al bien de la Religión y á la utilidad de las ciencias. Ella conserva intactos los grandes principios de que es depositaria y á los que la razón humana no puede tocar, y deja á ésta marchar libremente por el terreno que le es propio, guiándola para que no se extravíe, y fomentando sus progresos.

Así, Señores, usa la Iglesia de su autoridad, así conserva una perfecta armonía entre la fe y la razón, entre la Religión y la ciencia: así defiende los sacrosantos fueros de la verdad y contiene las orgullosas pretensiones del error.

Goce en buen hora la inteligencia humana de sus legítimos derechos; estiéndase cuanto quiera, con tal que no traspase los límites que le están señalados: la Iglesia le ayudará, y protegerá su desarrollo; pero si se levanta altanera, diré con nuestro célebre y distinguido escritor Balmes, y «en nombre de la libertad y de la independencia pide el derecho de blasfemar de Dios, de negar al hombre su libre albedrío, y al alma su espiritualidad, su inmortalidad y la elevación de su origen y destino, entonces sí, lo confesamos, y lo confesamos con noble orgullo, entonces la Iglesia levanta su voz, no para oprimir, no para tiranizar el entendimiento del hombre, sino para defender los derechos del Ser Supremo y de la dignidad humana: entonces se

---

(1) P. Ventura de Rautica: La razón filosófica y la razón católica, conferencia 2.<sup>a</sup>

opone con firmeza inflexible á esa libertad insensata, que consiste en el funesto derecho de decir todo linage de desvarios. Esta libertad no la tenemos los católicos, pero tampoco la queremos: porque sabemos que tambien en estas materias hay un linde sagrado que distingue entre la libertad y la licencia. Dichosa esclavitud por la cual quedamos privados de ser ateos ó materialistas, de dudar que nuestra alma viene de Dios y se dirige á Dios, de que en pos de los sufrimientos que agobian en esta vida al infortunado mortal, hay preparada por los méritos de un Hombre-Dios otra vida eternamente feliz. (1)

Tal es, Señores, el influjo que ejerce la Iglesia con su autoridad en nuestra inteligencia. ¿Podréis encontrar un medio mas eficaz para defender la doctrina verdadera y establecer y conservar la unidad no solo en el santuario de la Religion, sino tambien en el vasto campo de las ciencias? No, no lo encontraréis, porque no existe. Recordad si no la historia de las ciencias, y observaréis que siempre que se han alejado de la tutela benéfica de la Iglesia Católica, han venido á caer bajo el peso de la tiranía, ó á ser victimas de la mas desenfadada licencia.

Desde que el espíritu de la pretendida reforma empezó á estenderse por Europa, se trató de sustraerlo todo de la influencia de la Iglesia; y la enseñanza llegó á quedar exclusivamente confiada á la direccion de los gobiernos. Y ¿quién no conoce, Señores, la ineficacia de su autoridad para regular la enseñanza, impidiendo que el error se propague y haciendo que la verdad se difunda? ¿Están acaso dotados los gobiernos del privilegio de la infalibilidad, para decidir con certeza acerca de la doctrina y distinguir sin equivocacion lo verdadero de lo falso? Y si no tienen esta infalibilidad, ¿con qué derecho podrán imponer su parecer á nuestra inteligencia? No se diga que los gobiernos, para el acierto en estas materias, pueden valerse de un Consejo, compuesto de hombres sabios en todos los ramos del saber, á fin de que los dirija é ilustre, porque ¿quién responderá de la infalibilidad de este Consejo? ¿Quién nos garantizará la esactitud de su fallo? ¡Oh! Señores, sin el privilegio de la infalibilidad nadie puede constituirse en tribunal supremo que decida definitivamente sobre la verdad ó falsedad de las doc-

---

(1) El Protestantismo comparado con el Catolicismo. Tom. 4.º cap. 69.

trinas; y un gobierno falible, solo ó con un consejo tambien falible, no puede pretender regular la enseñanza y las opiniones, porque esto equivaldria á decir: «puedo errar, pero vosotros habeis de creer en mis errores como si fueran la verdad.» Y ¿no es esto sujetar á la ciencia á la mas cruel de todas las tiranías?

Pero déjese á la razon alzar libremente su vuelo, dicen algunos; concédasele una completa libertad, para que ella por sí sola se dedique al desarrollo de las ciencias. No haya trabas que la contengan, no la regulen ni la Iglesia ni los gobiernos; reconózcase su total independenciam. Ved aquí, Señores, el principio, proclamado por Lutero en materias religiosas, aplicado á las materias científicas. Mas, prescindiendo ahora de los absurdos que encierra, ¿no basta para conocer su ineficacia fijarnos en los funestos resultados que ha producido? Contemplad á la pretendida reforma, observad la division que ese principio ha introducido en su seno desde su origen, contad si podeis las innumerables fracciones en que se ha dividido, y que cada dia se multiplican; reflexionad sobre sus distintas y contradictorias enseñanzas, y decidme si no os veis obligados á confesar que en ellas no existe la verdad, y que sus doctrinas están marcadas con los caracteres del error.

Dirigid despues una mirada á las ciencias, y advertiréis que desde que dominó en ellas el principio de los novadores del siglo XVI, proclamándose la libertad de pensamiento y la libertad de enseñanza, van desgraciadamente alejándose cada dia mas de la verdad. ¿No veis cómo en ellas se multiplican los sistemas, cómo se aumentan las escuelas, cómo crece la oposicion y aun el ódio entre sus maestros, y cómo luchan y disputan constantemente acerca de los mas fundamentales principios? Esta es la demostracion mas evidente de que han perdido la verdad, que no tienen principios fijos, y, en una palabra, que se hallan envueltas en las tinieblas del error. ¡Oh! la ciencia sin una autoridad infalible que la dirija, muere á manos de la tiranía, ó viene á caer en la mas desenfrenada licencia. Y esta autoridad infalible solo existe sobre la tierra en la Iglesia Católica, por lo que ella sola tiene eficacia bastante para conservar las ciencias en posesion de la verdad, y librarlas de los peligros del error.

Voy á concluir, Señores, diciendo dos palabras sobre la utilidad de su influencia.

### III.

La certeza que la Iglesia Católica da á las ciencias con su magisterio infalible, y la unidad que les comunica con su autoridad divina, bastarian para probar la utilidad de su influjo en su adquisicion y enseñanza. Pero existe además un argumento muy poderoso, que nos ofrece la actividad con que las ha difundido en todos los tiempos.

Hay en el seno de la Iglesia un principio que la anima, que brilla en todos sus actos y con el que realiza los prodigios mas estupendos. Es el principio de la caridad, por el que atiende solícita á todas las necesidades para remediarlas, é inquiera y busca todas las indigencias para socorrerlas. Y ¿cómo no habia de atender á la indigencia que todós sentimientos de la verdad, que es la vida de nuestra inteligencia? Jesucristo reunió en torno suyo á sus discípulos, y pronunció sobre ellos dos palabras poderosas: *Id, enseñad*; y sus discípulos fueron á todas partes, y enseñaron, iluminando al mundo con los hermosos resplandores de la verdad. En sus corazones ardía cual vivísima llama la caridad del Apostolado. Ellos murieron; pero se ha perpetuado su espíritu; y la Iglesia, repitiendo en todos los siglos las palabras de su Fundador Divino, ha llamado á muchos de sus hijos, los ha inflamado con su caridad, y les ha dicho: *id, enseñad*; y sus hijos han recorrido el mundo, y han enseñado, difundiendo la verdad hasta en los últimos confines de la tierra. Ni las dificultades, ni los peligros, ni las persecuciones, ni la muerte misma los han detenido. Son los Apóstoles de la verdad, y solo tienen el deseo de difundirla, aunque sea preciso dar en testimonio de ella su sangre, porque tambien aspiran á ser los mártires de la verdad. Este es el espíritu de la Iglesia Católica; estas son sus obras.

Pero acaso dirá alguno que estos hechos se refieren á la difusion de la doctrina religiosa. Y bien, con la doctrina religiosa ¿no difundieron todas las verdades que constituyen el rico tesoro de las ciencias? Ellos marchaban á llevar la Cruz hasta las regiones mas apartadas; pero la Cruz, Señores, no solo es el árbol de la vida, sino tambien el arbol de

la ciencia, y á su sombra ha recibido ésta su perfeccion y desarrollo. Por esto la Iglesia cuidó desde su origen con la mas esmerada solicitud de la propagacion de su enseñanza; y, apenas se vió libre del rigor de las primeras persecuciones, erigió escuelas donde bajo su influjo se cultivaron y difundieron las ciencias. Recordad la célebre escuela de Alejandría, de donde salieron hombres tan ilustres y sabios tan profundos como Panteno, Clemente Alejandrino, Orígenes y San Atanasio, y en la que se instruía á la juventud, no solo en el estudio profundo de las Sagradas Escrituras, sino tambien en la Filosofia, Geometría y demás letras humanas. Seguid los pasos de la Iglesia en aquellos primeros siglos, y la veréis abriendo academias en Antioquía, Edesa, Cesarea y otros puntos, fomentando con su impulso los adelantos en todos los conocimientos humanos. Vedla despues formando las escuelas episcopales, donde se instruian los ministros sagrados, no solo en la ciencia de la Religion sino en las ciencias profanas. Vedla, por último, Señores, ocupada en todos los tiempos no solo en la propagacion del Evangelio y en la conservacion de la fe, sino tambien dedicando una actividad incansable al cultivo y difusion de todo género de conocimientos.

¿Dónde se salvaron las ciencias del universal naufragio en los siglos que comprende la Edad media? Bien lo sabeis; solo en los monasterios: en aquellos retiros silenciosos, levantados por el espíritu católico, donde se refugiaron todas, huyendo de la agitacion de los combates y del ruido estrepitoso de las armas, cuya profesion era el carácter especial de aquellos siglos. Allí se conservaron cual rico tesoro, y de allí salieron despues, para iluminar de nuevo á la Europa con su purisima luz y recibir nuevo incremento y desarrollo.

Pero donde brilla de un modo mas ostensible la utilidad del influjo de la Iglesia Católica en la difusion de las ciencias fué en la creacion de las Universidades. ¿Quién duda que por su influencia y bajo su proteccion se multiplicaron por toda la Europa esos grandes centros de enseñanza, donde se reunía lo mas escogido en talento y en saber, y de los que brotaban torrentes de luz, cuyos rayos se difundían en todas direcciones? ¿Qué ciencia no se cultivaba en ellas bajo la direccion de la Iglesia? ¿A qué ramo del saber humano no daba impulso con su actividad prodigiosa? La Teología, el De-



recho, la Medicina, la Crítica, la Literatura, la Filosofía, las lenguas orientales, y, en una palabra, todo cuanto puede ilustrar la inteligencia humana, todo se cultivaba allí bajo el influjo de la Iglesia, que abrió de este modo las puertas del saber, no solo á las clases acomodadas, sino tambien á los pobres que fueron siempre el objeto de toda su solicitud, y cuyas inteligencias procuró enriquecer con los tesoros de la sabiduría.

¡Oh! ¡qué grandes aparecieron esos establecimientos mientras estuvieron bajo el amparo de la Iglesia! ¡Cuán útil fué para ellos su benéfica influencia! Pero ¡ay! Señores, ¡qué gloriosos y á la vez qué tristes son estos recuerdos! Ved hoy á las Universidades en toda Europa y hasta en la misma en otro tiempo feliz, mas ahora infortunada Roma. Al grito de independencia de la razon, se ha rasgado el régio manto con que las cubria la Iglesia, y se han abierto sus puertas á todo género de enseñanzas, que han introducido en ellas las doctrinas del error, profanando esos lugares que, en otras épocas, fueron templos augustos de la verdadera sabiduría. Es verdad que aun se conservan vestigios de sus antiguas glorias, aun existen en ellas dignísimos maestros, de cuyos labios se desprende la pura doctrina, que aprendieron bajo el influjo de la Iglesia y difunden con cuidadoso esmero. Pero ¡oh! ¡con cuánto dolor perciben desde sus aulas el eco funesto del racionalismo orgulloso, que resuena bajo las bóvedas donde antes se escuchaba una sola voz, que era la voz de la verdad, la voz de la ciencia, apoyada en los eternos y luminosos principios del Catolicismo!

¡Ah! Señores, solo una enseñanza exclusivamente católica podrá poner remedio á tanto mal. Solo ella podrá renovar los dias felices en que, enfrenado el error por la divina autoridad de la Iglesia, se difundia la verdad, sostenida por su magisterio infalible.

Tal es la grande utilidad que produce el influjo de la Iglesia católica en la adquisicion y enseñanza de las ciencias. Tal es el bien incomparable que nos proponemos conseguir con los estudios que inauguramos en este dia. ¿No hemos de esperar justamente un éxito feliz? ¡Oh! sí, lo esperamos, porque su enseñanza será fecunda bajo la direccion de la Iglesia Católica; pues ésta da á la ciencia con su magisterio infalible la certeza que la conserva en posesion de la verdad, le comunica con su autoridad divina la unidad que la preserva del error, y la difunde prodigiosamente con el espíritu de caridad que la anima.

Así lo esperamos todos y lo espera también la católica Sevilla, representada en este numeroso concurso, que, asistiendo á este acto solemne, ofrece el testimonio de su gratitud á la Asociación de Católicos, que concibió el pensamiento de establecer estos estudios; á nuestro Emmo. Prelado, que los ha acogido bajo su protección, y á los dignos Profesores que con celo y desinterés se han encargado de la enseñanza. Sevilla nos manifiesta hoy su reconocimiento: trabajemos para satisfacer sus deseos y llenar cumplidamente todas sus esperanzas.

A vosotros, Señores Profesores, toca muy principalmente llevar á feliz término esta importante y delicada obra. Bien sabéis que la sierpe antigua aun permanece enroscada en el árbol de la ciencia, y arroja con abundancia sobre la tierra la semilla corrompida del error. Desplegad, pues, todo vuestro celo en cultivar la inteligencia de la juventud, comunicándole la verdadera sabiduría, y no descanséis hasta arrancar la cizaña, que tanto ha crecido en el campo fertilísimo de la ciencia. Y si alguna vez la tierra que habréis de labrar se muestra ingrata á vuestros sudores, no desmayéis: seguid plantando y regando con perseverancia, que Dios, por la intercesión de María Inmaculada, bajo cuyos auspicios hemos colocado nuestros estudios, premiará vuestros esfuerzos, concediéndos frutos copiosos, y dando á esta obra grande y extraordinario incremento.

Y vosotros, jóvenes estudiosos; si deseáis enriqueceros con los tesoros de la ciencia, aprovechaos de la enseñanza que se os ofrece. Dedicad al estudio con aplicación y constancia: huid de las aguas envenenadas con que se os brinda en copa de oro, para estraviar vuestras inteligencias y pervertir vuestros corazones, y venid á adquirir la verdadera ciencia bajo el influjo de la Iglesia Católica, única que posee el rico tesoro de la verdadera sabiduría.

Unámonos todos para llevar á cabo esta obra, cooperemos al buen éxito de esta empresa, esforcémonos para llegar hasta su complemento y perfección, y, no lo dudeis, Señores, nuestros afanes serán recompensados, y tendremos la gloria de haber contribuido eficazmente al esplendor de la Religión y á la ventura de la patria.